José Luis Carreras

Delicias de Otoño



Visión Libros

DELICIAS DE OTOÑO

JOSÉ LUIS CARRERAS

DELICIAS DE OTOÑO

Vision Libros

Delicias de Otoño
© José Luis Carreras
© Editorial: Vision Libros
Calle San Benito 21 Local
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9983-825-0

Diseño base cubierta: Marian González,

Maquetación: Daniel Hernando

Distribuye y produce:
Distribuidora de publicaciones C/ Magnolias 35 Bis,
Local 28029 Madrid.

Pedidos a pedidos@visionnet.es

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

Debo agradecer especialmente la ayuda de mi hermano, Narciso Carreras, quien ha tenido la paciencia de implicarse en la novela con ajustes y precisiones muy atinados. Yo me he limitado a seguir sus apuntes, porque eran indiscutibles y de aplicación inexcusable

Tú justificas mi existencia: si no te conozco no he vivido, si muero sin conocerte, no muero, porque no he vivido.
Luis Cernuda

1

Tulio Pardo Altobelli reflexionaba amargamente sobre los periódicos estragos de la hiperestesia que él mismo se había diagnosticado. Esta era una cuestión que no lograba controlar, y de ahí que los disgustos fueran cosa demasiado frecuente en su vida. La forma de combatir esta tendencia nefasta era un esfuerzo tan inútil como impedir que amaneciera, así que, en un ejercicio de meditación autocomplaciente, trataba de consolarse con una extraña fórmula: se decía para sus adentros que éste debía ser el destino de los seres sensibles. Y no sabía por qué, pero no lograba aprender de sus crisis de modo que la cosa se corrigiera para siempre; así que sus males, aunque cedieran por algún tiempo, más pronto o más tarde acababan por aparecer de nuevo. Entonces, volvía a la depresión, los extraños y desagradables hormigueos en las extremidades le acosaban y todo su entorno, en fin, se tornaba gris y fastidioso.

Aquella, calculaba hastiado Tulio, tendría que ser una mañana de sensaciones positivas. Pero nada más lejos de ello; por el contrario, desde que se levantó de la cama, todo lo veía negro, por más que su experiencia le dijera que el mal ya había comenzado a declinar.

Pero el castigo había sido duro. El conocimiento de su mejoría le era revelado porque ahora los malestares físicos más vulgares, consecuencia de una noche licenciosa y larga-

mente disfrutada, aparecían nítidos, dejando los anímicos en un plano menos dominante. En cualquier caso, las dolencias físicas solían ser cortas y llevaderas y, siendo algo con lo que ya contaba, las daba por restadas del cómputo de sensaciones generales positivas que deberían embargarle. Conclusión: estos malestares del cuerpo no eran absolutamente nada al lado de los otros que de forma sibilina y traidora aparecían cuando menos lo esperaba.

La relación de venturas que podrían justificar un mundo interior más placentero no era menguada por cierto. Desde los asuntos económicos, a los propios de quien vive libre de controles familiares, un mundo construido a base de caprichos consumados en todo momento daba motivos para acreditar una vida mejor aprovechada. Sin embargo, y a fuerza de ser sinceros, era preciso reconocer que, siendo notables los buenos momentos, éstos eran más infrecuentes que los malos. De ahí el drama que le tenía verdaderamente preocupado. ¿Dónde estaban las causas de su periódica infelicidad…? Todo inducía al desaliento, y era más angustioso aún el hecho de que no le veía solución a tanto desastre emocional. Aún así, él mismo se aleccionaba y jaleaba en los momentos buenos y los disfrutaba con aplicación cuando le llegaban.

Un relato de las consecuencias de estos pasajes ciclotímicos nos introduciría en una selva atestada de reacciones imprevisibles. Por ello, parece conveniente no detenerse en tan atiborrante generalidad y atenernos a su peripecia futura e ir considerando las actuales reacciones como una muestra de las que no podrían aquí desarrollarse por razones de espacio y tiempo. Al fin, Tulio, como la mayoría de los seres humanos, no era otra cosa al día de hoy que la confirmación de los avatares de toda una vida a la que se venía adaptando según le venía; o al menos lo era hasta ahora, porque el futuro debería ser algo susceptible de manejar según se fuera madurando. Pero a él le costaba un mundo luchar contra sus tendencias.

Tulio, a juzgar por sus andares vacilantes, deambulaba por el centro de la ciudad como si no tuviera destino fijo, lo cual, como puede deducirse, era consecuencia de la inestabilidad puntual a la que nos referíamos. Aún así, los primeros y más graves síntomas de angustia ya se iban diluyendo, y todo iba derivando en un decaimiento físico y anímico que daba con él en una especie de abulia algo más tolerable.

Ciertamente, en lo más duro de sus crisis había pensado en no pocas ocasiones consultar el asunto con un médico especialista. Mas luego, con las mejorías, aparecía su escepticismo de siempre sobre las funciones benefactoras de estos profesionales, y se ponía a considerar sus minutas poco más o menos que una estafa al indefenso afectado. En su particular entendimiento de la cuestión, apenas veía en ellos algo más que brujería y engaño, pues consideraba que las dolencias del alma y la mente son algo tan desconocido como la razones de la fe o la atracción natural por un semejante.

Pero hay que volver a su situación actual con la percepción de esa mejoría que ahora ya le permitía reparar en las secuelas de sus excesos de la pasada noche. Y como de buscar recursos se trataba, dando en restar malestares a su cuerpo maltratado, nada mejor que entregarse sin reservas al discurrir gozoso de sus rentas más preciadas. Era éste un recurso más, por cierto, que solía dar algún menguado rédito a la hora de compensar su moral maltrecha por un mal crónico, como se ha advertido, no del todo bien combatido. Lo penoso, al fin, era la evidencia de que tan sólo cuando por sí mismos iban cediendo sus procesos, tanto físicos como depresivos, era posible apuntarse alguna mínima ventaja con sus depauperadas técnicas terapéuticas.

Al cabo de un rato, más conforme ya, por fortuna, con su situación anímica y en vías de solución sus padecimientos físicos, comenzó la transformación de su persona accediendo, con el auxilio de la ligera brisa matutina que acariciaba su rostro, a una regeneración que poco a poco se iba afirmando en su per-

sona con sensaciones mucho más gratas. Después de unas pocas horas en el pozo, profetizaba amparado en la experiencia, a partir de aquí la cosa iba a ser diferente. Sus asuntos crematísticos, pletóricos de vitalidad, contribuían no poco a que todo fuera volviendo a lo suyo, y así, consciente y seguro de su poderío material, acabó por fin con sus penalidades internas, instituyéndose en él como por arte de magia el hombre triunfador que tantas satisfacciones le reportaba.

Verdad era que, para un par de horas más tarde, su agenda le había advertido de una cita con el gerente de uno de sus más problemáticos montajes productivos, pero no era menos cierto que, antes o después, estos negocios estaban condenados a su enajenación irremediable, y aún pensaba en sacar de dichos trasiegos, limpios recursos que habrían de engrosar sus negocios de gestión más placentera. El caso se explicaba en el hecho de que Tulio daba preferencia a los asuntos que no precisaban de recursos humanos, sin duda porque los problemas de relación con la gente le molestaban especialmente. Por fortuna, poco quedaba ya por liquidar de lo que su padre le dejara tras la enfermedad que lo tenía recluido en una residencia para enfermos irrecuperables. Un pequeño esfuerzo más, se decía, y todo quedaría a su gusto. La situación, en suma, parecía indicar que había razones sobradas para el optimismo, prescindiendo naturalmente de pequeños detalles negativos que no le quitaban el sueño y de los que Tulio sabía zafarse con regular disposición.

Y entendiendo lo efectivo de seguir el curso de sus pensamientos, reparó en la suerte que el destino le había deparado al proporcionarle una esposa confiada y en extremo tolerante. A lo largo de los seis años de matrimonio, Sandra se había amoldado mansamente a sus ausencias, mostrando una bondad tan descuidada de cautelas que todo le había sido consentido con el ingenuo pretexto de los deberes de su no muy definible profesión. Sin recurrir a más conocimientos de los que llevamos contados, cualquier lector repararía sin demasiado esfuerzo en la ingenuidad de la esposa al

dejar suelto a Tulio, quien por cierto, se manejaba en una paradoja providencial, pues al tiempo que se mostraba desleal con ella, la reservaba el amor más sublime y fervoroso del que era capaz, en un alarde emocional que superaba ampliamente cualquier desafío impertinente de la propia conciencia.

Tulio, pese al escaso contenido de sus deberes laborales, manejaba con bastante destreza sus propias ausencias. Frecuentemente reparaba en esta habilidad, que él pensaba era producto de su ascendencia cosmopolita. Su madre, ya fallecida, fue la hija de un florentino, oficial del ejército italiano que, ya al borde de los cuarenta y cinco años, luchó en Mallorca, al lado de Bonaccorsi, el atrabiliario comte Rossi, rechazando a los catalanes de Bayo enviados por la Generalitat al principio de la contienda civil española. Más tarde lo haría en el CTV italiano en Guadalajara donde fue gravemente herido, estando a punto de morir a causa de un impacto de metralla en una pierna que le afectó la femoral. Maestro en el juego de la persuasión y descendiente, a su vez, de los primeros y más consumados financieros italianos del medievo, transmitió a su hija su carácter especulador y disciplinado. Tulio creía ser portador de tales habilidades, a las que se añadía la despiadada sutileza para el mercadeo de su padre, un serrano conquense que recaló en la ciudad en los tiempos duros de la posguerra, entre cuyas miserias hizo fortuna a base de medrar en los negocios más retorcidos y diversos. Tulio, sin embargo, no era muy partidario de seguir el buen o mal ejemplo (según se mire) de su padre, siendo más partidario de los montajes económicos que requerían de unas destrezas financieras más acordes con algunas de las premisas de su herencia materna.

Parecía razonable, en todo caso, que el recuerdo de su querida madre fuera una de las cosas que aún le hacían llorar, y su adoración por ella en vida era algo que rememoraba con frecuencia, con lo cual se regeneraban en su persona todas aquellas sensaciones sublimes que tanto le habían enriquecido. No dejaba de emocionarle, entre un sin fin de

recuerdos, aquél en el que le fue revelado por ella el significado de su nombre: Tulio era algo así como "el elevado a lo más alto por Dios entre todos los mortales", y aquello fue algo definitivo: nadie podría nunca adorar a una madre como él lo hizo en vida.

Tampoco ahora, ya muerta.

Mas, siguiendo con su peripecia interna en esta mañana de purgas variadas, y llevado por sus ansias de recuperación, Tulio creyó que quizás fuera bueno reparar en los momentos gozosos pasados en los brazos de Olga la noche anterior. De modo que en ello se enfrascó con verdadero deleite, hasta que su orgullo de hombre conquistador, bien pagado y complacido, vino a restituirle un poco más aún su moral quebrada. Tulio alimentaba así su vanidad y la utilizaba como un recurso más en busca del equilibrio interno. Esto, no siendo por cierto privilegio exclusivo de nuestro hombre, él, al contrario que la mayoría de los de su sexo, procuraba no mostrarlo impúdicamente en público, evitando así lo que él pensaba, muy en el fondo, sería una exhibición peligrosa de sus debilidades.

Cuando quiso darse cuenta se hallaba muy cerca del despacho de su agente financiero, y le pareció que no estaría de más hacerle una visita para que le diera puntual información del pulso de sus negocios. No tenía por norma tratar estos asuntos en persona, pero de cuando en cuando, y siempre sin avisar, se permitía una visita a su apoderado que, pensaba, debería agradecerlo especialmente por aquello de que una visita no consensuada puede encerrar espontaneidad y una deferencia a considerar positivamente.

Un momento antes de arribar a su destino decidió detenerse a comprar el periódico en un kiosco donde ya lo había hecho en otras ocasiones. El hombre del puesto callejero, fascinante en su vulgaridad, atraía la atención de Tulio, que se recreaba en su contemplación, sintiendo cómo su simpleza le conducía a dulces posiciones de elevada autoestima y marcada suficiencia.

Deslucía su aspecto el vendedor, según se le antojaba a él, con una gorra de visera sobada y mugrienta que oscurecía un rostro de tono enrojecido donde se percibían algunas venas que se asemejaban a hilillos sangrientos. Era delgado y de miembros ridículamente sarmentosos y se movía de forma torpe hasta producir en él un instintivo rechazo. Y pensando así, Tulio no podía evitar el pasarse a comprar el periódico porque el vértigo de la pobreza era algo que atraía a sus aires de poderoso hombre anclado en el bienestar. No le era posible en modo alguno sentirse rico si no había alguien que se lo recordara desde la pobreza.

En realidad, Tulio no hacía nada por evitar estos desvíos. Consideraba que estos juicios internos, por muy crueles que fueran, no hacían daño a nadie si uno se cuidaba de no sacarlos a la luz con palabras o gestos descarnados que pudieran ser percibidos entre las personas que lo rodeaban. Remataba Tulio, en este caso del vendedor, con un pasaje conmiserativo que lo regeneraba cumplidamente, pensando en el acto de caridad que practicaba comprando allí el periódico. Al lado de tanto pensamiento confuso, algo sin embargo no cuadraba en aquel galimatías, si bien no se sentía capaz de profundizar, no fuera que pensando demasiado diera en la compasión y se fueran al traste ideas larga y confortablemente acomodadas.

Contento, pues, con su capacidad para extraer lo bueno de la vida, continuó su camino hasta que, a las puertas del despacho de su apoderado, se aprestó a componer el gesto, traspasando el umbral, el cuerpo estirado y con aire acampanado. El paseo le había sentado bien y comenzaba ya a surgir con cierta dignidad de sus cenizas.

2

Dentro del edificio, en el centro de un amplio hall, los cometidos de recepción e información los desarrollaban dos muchachas bastante llamativas que se afanaban en orientar muy educadamente a las no pocas personas que requerían de los servicios del centro. Tulio se acercó y preguntó por su agente a una de las jóvenes. Sin embargo, ella lo identificó enseguida. Mostraba la joven una familiaridad propia de quien se conoce de toda la vida, cosa que no dejaba de extrañarle a Tulio, pues apenas había pisado aquel edificio media docena de veces en tres años, y además de forma muy espaciada. La sorpresa se acentuaba cuando ella lo atendía por su nombre como si se hubieran desayunado juntos un rato antes.

—Sí, señor Pardo —informó la chica acompañándose de una amplia sonrisa—. Don Lorenzo está libre en este momento. Puede usted acercarse a su despacho; yo le aviso por teléfono de que va usted de camino. Ya sabe, en esta misma planta, por el pasillo del fondo.

Apenas un minuto después, tras tocar la puerta con los nudillos y sin esperar autorización alguna, Tulio accedía a una especie de leonera, seguramente sin ventilación natural desde la noche de los tiempos, pues no parecía que una especie de tragaluz en lo alto de una de las paredes sirviera al caso. La luz de la estancia, potente y casi deslumbradora,

sólo podía justificarse en razón a la miopía de la persona que la ocupaba. Y Lorenzo Soto, en efecto, usaba unas gafas de aspecto anacrónico con tan abultados cristales, que se justificaba el alumbrado que iluminaba el despacho.

Soto era un hombre de edad indefinida, de poco más de un metro y cincuenta y cinco centímetros de estatura. Resaltaba en lo físico, no obstante, una cabeza picuda, bordeada en su parte posterior por una tira de pelo muy negro que remataba en unas patillas frondosas y poco cuidadas. Tenía mirada huidiza y en apariencia astuta, y se adivinaba en él, por su actitud y gestos precavidos, a un hombre celosamente guardador de secretos inconfesables. Sin duda, debía de ser difícil para cualquiera confiar en este hombre, aunque no afectaba a Tulio esta cuestión, asentado el otro en la codicia, siempre a su lado, y al que procuraba dominar mediante generosas retribuciones. Además, sin discurrir demasiado, jerarquías mandaban, y Tulio no valoraba en Soto nada más allá de las habilidades propias de un servidor surgido circunstancialmente a su favor. Si en ocasiones le adulaba y distinguía confiadamente, no obedecía al temor sino al empeño en dominar su albedrío. En definitiva, por ser un hombre valioso para sus intereses era necesario volcarlo ciegamente a su favor y no era bueno demostrar desconfianza porque, de alguna manera, el hacerlo supondría situarlo a su nivel, perdiendo así el misterio que un hombre superior sugiere a quien, por su más baja condición, ha de colocarse en el lugar que le corresponde.

Eran matices éstos a los que Tulio accedía convencido y complacido en un alarde de inteligencia analítica. No más allá de estas apreciaciones, las consecuencias eran claras: Soto estaba de su parte ciegamente, llenándole los bolsillos de la manera más natural, cada cual en su puesto, confiado y asentado uno y sumiso y anhelante el otro. No conocía Tulio, en todo caso, las apreciaciones del agente, aunque eso era algo que tampoco le quitaba el sueño. Hasta ahí podía llegar la cosa, pensaba entre despectivo e irónico.

Como era de prever, las noticias no podían ser mejores. Su patrimonio aumentaba sin que pudieran imaginarse sus límites, y pensaba en lo que podría conseguirse cuando el resto de los negocios cedidos por su padre, ahora enfermo y desahuciado, fueran convertidos en dinero que incrementara los fondos al servicio de aquellos montajes milagrosos.

Al fin, una vez que los trámites burocráticos fueron cosa terminada, Soto dio un giro a la conversación, accediendo al sempiterno derrote de la adulación que, por referencias pasadas, no desconocía Tulio.

—Permítame, señor Pardo, que le felicite por enésima vez. Su olfato para los negocios es algo excepcional. Se diría que ha nacido usted para esto.

Llamaba la atención el lenguaje cursi del comisionista en su papel de embaucador y adulador sempiterno. No obstante, Tulio decidió corresponder con generosidad.

—Bueno —dijo conciliador—, algo tendrá usted qué ver en ello, digo yo…

—Oh…, no tanto, no tanto. Con la mayor franqueza, le aseguro que no todo el mundo se deja aconsejar con la sabiduría de usted. En realidad, la gente desconfía a veces de nuestra experiencia por pura ignorancia.

Soto se contradecía con el mayor desparpajo. Tendía a la paradoja múltiple en un afán insólito por llevar la conversación a un terreno confuso. Trataba así de matar varios pájaros de un tiro: al mostrarse humilde, dejaba que su interlocutor se elevara sobre su persona, al tiempo que difería la responsabilidad de cualquier desajuste a un tercero imaginario, al que traspasaba en última instancia la basura de la parte negativa del negocio. Lo cierto era, sin embargo, que buscaba algo más: preparaba el terreno para pedir un aumento de sus comisiones. El hombre no sabía cómo atacar el asunto y especulaba en pos de abordar la cuestión de forma gradual y delicada.

Al fin, y luego de darle mil vueltas sin que el otro se diera por aludido, dejó la cosa en el terreno de la súplica.

—Verá, señor Pardo, en este despacho se le tiene a usted la mayor consideración, y hasta ahora hemos considerado conveniente la congelación de nuestros márgenes. Sin embargo, comprenda que…

—Pero hombre —cortó Tulio convincente—, si soy tan importante como cliente…; en fin..., no es que lo diga yo: usted mismo lo ha reconocido, y siendo así…

—Claro, claro…, por supuesto, tiene usted mucha razón, pero…, bueno, hay circunstancias… Comprenda, tenemos un ejército de rastreadores del mercado a los que hay que retribuir. Créame…, sus tarifas son asfixiantes. Yo le aseguro…

Tulio interrumpió de nuevo, mostrándose afectadamente fastidiado:

—Está bien, Soto, arreglemos esto, que ya resulta desagradable por cierto. Dígame cuáles son sus pretensiones. Pero le agradecería fuera moderado. En este negocio los riesgos son míos, no lo olvide.

—Si usted no cobra —precisó Soto—, nosotros perdemos prestigio, así que, como puede usted comprender, nuestros intereses son comunes y paralelos.

—Que sí, hombre, exponga sus pretensiones y seguro que nos pondremos de acuerdo.

Quedó un momento pensativo el agente. Después aventuró cuidadoso:

—¿Le parecen bien tres puntos?

—Dos, y no se hable más —precisó de forma contundente Tulio, dando a entender que no había más opciones.

—De acuerdo —aceptó entre reverencias el otro, para después comentar en el colmo de la satisfacción—: es fácil entenderse con usted, señor Pardo. Muchas gracias por su comprensión.

Pareció que con esto todo iba a quedar concluido, y Tulio se disponía a marcharse cuando un ligero ademán y un "por favor" tímido por parte del comisionista lo pusieron en alerta nuevamente.

—¿Alguna cosa más, Soto? —inquirió Tulio, en apariencia resignado.

De repente, Soto comenzó a sudar y Tulio comprendió que la cuestión que le bloqueaba debía de ser de mucho empeño y muy probablemente no fuera de índole profesional. Este hombre es muy extraño, es decir, más que extraño, retorcido, se dijo para sí. ¿Por qué se pondría tan nervioso? ¿Qué estaría intentado decirle?

Aquello, en todo caso, le sugirió que su ascendencia jerárquica sobre el agente era evidente y puede que insuperable. Lo que no acertaba a discernir era cuánto podría atribuirse a su superioridad y cuánto a los propios complejos del inferior. Tulio decidió ser comprensivo y entendiendo que no había razones para alargar aquello se aprestó a salir en su auxilio.

—Puede usted hablar libremente, amigo mío. Los negocios no deben ser obstáculo para que nos podamos entender en cualquier otro terreno. Y corríjame pero quizás va usted por derroteros ajenos a los negocios ¿me equivoco?

—Bueno…, verá usted, señor Pardo… —arrancó por fin el hombre—, llevo algún tiempo pensando en exponerle un tema delicado y…, en fin, que hay cosas por cierto…, su naturaleza…, aunque a todos nos apetece de cuando en cuando… Bien, sin embargo, los hombres tenemos unas apetencias… Porque ¿a quién no le gustaría tener a su disposición una mujer… digamos… experta y hermosa hasta lo indescriptible? Las hay, señor Pardo, no le quepa duda, y yo…, bueno, que yo podría poner a su disposición…

El discurso atropellado de Soto no dejó de inquietarle un tanto porque aquella revelación insólita ponía la cuestión de sus relaciones mutuas en un plano extraño que, como mínimo, echaba por tierra algunos conceptos de autoridad ya asumidos. Quizás no había entendido a este hombre, se dijo Tulio para sí; puede que fuera necesario cambiar de táctica en su trato y valorar de otro modo al especulador. Aún así, la cosa resultaba un tanto molesta. ¿Qué podía haber dado pie a este hombre a mostrarse tan liberal con quien debiera ser para él poco menos que un dios inabordable?

Mas llegados a este punto, Soto se había disparado ya, dejando de lado sus precauciones previas. Se diría que echaba mano de toda su osadía, dando por comenzada así una nueva forma de entendimiento entre ambos y dejando claro el hecho de que un nuevo referente de complicidad iba a ser la clave del cambio. Introdujo la mano en un cajón de su mesa y extrajo un sobre de gran tamaño, del que sacó no menos de medio centenar de fotografías que puso en manos de Tulio, al tiempo que le miraba y sonreía conciliador y expectante.

—¡Para exquisitos! —exclamó—. Lo mejor del mercado de lujo, señor Pardo… Yo estoy informado de sus gustos en este terreno y, créame, no va a encontrar nada igual.

Tulio tomó las fotografías y comenzó a mirarlas, más empeñado en tratar de ganar tiempo y hacerse con la situación, que por el propio carácter de las imágenes que iba contemplando. No obstante, ante su vista se iban desplegando aquellas instantáneas que, forzoso era reconocer, representaban las mujeres más espectaculares y morbosas que nunca había contemplado: algunas mostraban tan sólo sus rostros sonrientes y provocadores; otras, de cuerpo entero, con más o menos ropa, adoptaban posturas sugerentes y desprovistas de pudor alguno. Rubias, morenas, pelirrojas; orientales exóticas de miradas algo más candorosas; negras y mulatas exuberantes y en extremo provocativas que invitaban más o menos torpemente al juego erótico sin más consideraciones que los límites de los que se prestaran al disfrute de sus favores. Una alucinante exposición, en fin, de modelos de burdel, pues en la parte inferior de las imágenes rezaba una cifra en dinero muy elevada que daba cuenta del artículo de lujo que se ponía en el escaparate.

Tulio miró a su apoderado y en su mirada había sorpresa y desconcierto. Aquello era demasiado. Por su parte, Soto creyó que podía haberse tomado demasiadas libertades y se apresuró a restar importancia a la cuestión.

—Oh, señor Pardo… ¿quizás me he excedido? Yo creí… Bueno, quizás debí explicárselo de otra forma…, no sé…,

pero crea que me cuesta verle escandalizado… Usted es un hombre de mundo, me consta…

Pero Tulio, por toda respuesta, continuó contemplando fotografías, aunque ahora no pensaba ya tan sólo en la posible mengua de su jerarquía, sino en la forma de recuperarla. No sabía cómo reaccionar. Una actitud severa estaba fuera de lugar: estamos en mil novecientos setenta y siete, se decía. Quizás fuera mejor condescender.

—Veamos, Soto ¿qué le hace a usted pensar que pueda interesarme este mundo? —dijo, por fin.

Pero reconoció para sus adentros que aquellas mujeres eran tentadoras. Podría engañar al otro, mas el hacérselo a sí mismo era una estupidez. ¿Por qué renunciar a una nueva experiencia?, reflexionó casi arrepentido de su pregunta. Aquella flaqueza fue, sin embargo, pasajera, porque una cosa eran sus debilidades, y otra muy distinta que hubiera que reconocerlas ante un zangolotino como Soto. Decidió, pues, que la pregunta hecha era procedente, quedando a la espera de una contestación que aclarara un poco más aquello. Tras alguna vacilación, la mirada del agente se perdió entre la confusión y la disculpa.

—Bien… —repuso al fin de forma atropellada—, usted, señor Pardo, es un hombre de experiencia contrastada…, vamos, que todos están al corriente… Bueno, esta es una ciudad muy grande, pero el mundo en el que usted se mueve es…, como le diría yo…, en fin, que todo está al alcance de todos… ¿no lo cree usted así?

Tulio creyó que había descaro en la respuesta y que Soto había optado por una huida hacia adelante. ¿Qué hacer, entonces? Aquel juego comenzaba a molestarle. Un ataque al comisionista, tratando de proteger su privacidad, le parecía algo inútil teniendo en cuenta que aquel hombre sabía más de lo debido de él y sus correrías. Además, estaba lo de aquellas mujeres, que le sugerían placeres incalculables. Como un recurso, pensó, podría ser cosa a tener en cuenta. Complicado todo. Tulio pensaba que a veces las cosas más fáciles de evitar en apariencia, pueden complicar la vida de la manera más absurda.

Pero tampoco había que olvidar la parte formal de todo aquello. Porque ¿cómo evaluar en todo caso la solvencia del mercader descarado y simple que tenía delante? No era poco que aquel hombre dispusiera a su antojo de una buena parte de su patrimonio. ¿No sería una temeridad dejar su fortuna en manos de un pervertido sin, por lo que se apreciaba, demasiados escrúpulos? Le dio por reparar en algunos de los que él consideraba desvíos de esta España en absurda transición, y vio en el mercader uno de los personajes aberrantes vomitados por los nuevos tiempos. El sistema, surgido a raíz de los nuevos aires políticos, se prestaba a todo tipo de promiscuidades, abriéndose el país a insólitos mercados que generaban algunos monstruos de difícil calificación. Disculpaba sus propias debilidades, sin embargo, pensando en que había que mimetizarse con el ambiente reinante, convirtiéndose en una fiera entre las fieras. Su propia inocencia había sido el pago, y eso era lo que más le dolía. Quizás, continuó profundizando en sus pensamientos, en el fondo sí sería posible identificar el origen de sus males periódicos. Sus depresiones podrían originarse en una falta de adaptación a los nuevos tiempos. Habría que meditar en su momento sobre todo ello.

Después de todas estas revelaciones internas de obligada referencia, le pareció que no sería malo volver a su idea inicial de condescendencia con Soto. Quizás fuera más prudente mostrarse un poco flexible. Tal vez, pensándolo todo más detenidamente, fuera conveniente no presionar a su apoderado, dejando la cosa en el terreno de la indefinición, dentro de unos parámetros de dignidad que lo mantuvieran a distancia del otro.

—Bien, Soto —dijo, al fin—, dejemos esta cuestión si no le parece mal. Yo le agradezco que se haya acordado de mí para este negocio porque nunca se sabe adónde puede llevarle a uno la necesidad. En todo caso, sepa que no soy muy partidario de estos servicios de pago. Un hombre tiene que valerse de sus méritos para conseguir ciertos placeres.

Y no mentía Tulio realmente, pues hasta el momento no había recurrido a este mercado de favores compensados. Mas para sus adentros no le pareció que aquello fuera asunto a despreciar. En la vida, se dijo, no sería práctico poner reparos a todas las alternativas que pudieran abrirle a uno a nuevas experiencias.

Había algo, sin embargo, en aquel incidente con Soto que no acababa de mantenerlo tranquilo. Cuando se despidió de éste, una sonrisa en extremo sutil y extraña que detectó en su rostro le dejó perplejo y un tanto desconcertado. De repente, sin saber por qué, se acordó de un sueño que se le reproducía con frecuencia en sus noches más pesadas, a medio camino entre el sopor y la vigilia: desnudo y perdido en plena calle, quedaba con sus vergüenzas a merced de un gentío que, a pesar de tan tensa situación, apenas reparaba en él. Y no sabía qué era peor, si su situación de angustioso desamparo o la indiferencia de la gente hacia su persona. Y tampoco supo por qué, pero se sintió más vulnerable. Un nuevo episodio de infortunio emocional le acechaba. Aquello era verdaderamente inoportuno.

Lo cierto es que tuvo que hacer un esfuerzo enorme para que no le visitara de nuevo la depresión. La chica de la recepción que le había recibido, en su empeño por extremar su amabilidad, lo despidió exhibiendo una sonrisa sugerente.

—¡Que tenga usted un buen día, señor Pardo! —dijo.

Tulio la miró mientras sonreía, ya un poco más calmado.

3

No resultó tan perjudicial como había temido el remate de su entrevista con Lorenzo Soto. Quizás sus últimas meditaciones le habían servido para encontrar un poco de paz interna. Cosa de un par de minutos, pero que habían sido suficientes para neutralizar los efectos de la inesperada oferta del comisionista. Al fin había logrado quitarle hierro al asunto, dejando bien archivada en su mente la oferta por si algún día le viniera a cuento el aprovecharla.

Pasaban unos minutos del mediodía, y al aire aún fresco de aquella mañana otoñal volvió a reparar en su cuerpo, dándose cuenta de que sus malestares habían desaparecido totalmente. El sol resplandeciente y el tráfago dinámico de la calle le hicieron sentirse hombre de acción. Siempre le ocurría: a un periodo desagradable solía sucederle otro que lo ponía por las nubes. Cuidó en todo caso de no caer en la euforia, porque le parecía que un abanico de sensaciones tan amplio y variable en poco tiempo podría resultar demasiado…, cómo expresarlo…, bueno, simplemente demasiado para un hombre como él, anímicamente disciplinado. Al menos, eso era lo que trataba de lograr: disciplina para administrarse interiormente. Si estuviera en casa se empeñaría en una cura de reflexión a través de una de sus aficiones favoritas.

—¡Rachmaninof…! —pensó— ¡Qué mejor terapia! Rachmaninof era su compositor preferido. Concierto en do menor. Nada mejor para dar relajamiento y sostenido confort al cuerpo, como premisa ineludible que le arrastrara a un cadencioso vibrar del alma. Sandra, en su inocencia, no era muy partidaria de sus tendencias musicales en las que se incluían casi siempre composiciones de efectos depresivos. No era capaz de convencerla de que él no era un hombre normal; que estaba destinado a justificar los esfuerzos más penosos de los genios musicales.

Mas todo lo tenía ya calculado y había llegado a la conclusión de que no merecía la pena esforzarse más allá de lo razonable, de modo que un buen día dejó de distraerla con sus réplicas.

Atrás queda el dolor del creador;
mas hoy la indiferencia se enseñorea
de la mostrenca turba…
¡Qué fue de aquél! ¡Qué desamparo…!

Aún lloraba de cuando en cuando recordando aquellos versos de su infancia precoz. La influencia de los tiempos que corren, se decía, era un lastre de difícil pero inevitable asunción. Sin embargo, se había propuesto luchar contra sus tendencias más insanas, si no era acabando con ellas, sí al menos minimizándolas en lo posible.

Había logrado Tulio, en cualquier caso, la edificante confraternización entre sus vivencias líricas y sus tendencias al mercantilismo especulativo. Según creía entender, los números no dejaban de ser una parte más de la poesía. A él no le costaba esfuerzo apreciable pasar del éxtasis artístico a las sensaciones más emotivas producidas por la aritmética; siempre y cuando, claro, que detrás de las cifras se vieran los frutos de la rentabilidad. No había que avergonzarse por ello porque, bien visto, ¿qué diferencia hay entre la ruina de unos números sin contenido provechoso y una pretendida obra de arte fallida? Tampoco era cosa de escanda-

lizarse por algo tan palmario. La razón y el equilibrio, en definitiva, no eran asuntos que corrieran paralelos siempre, y de ahí que más de una divergencia en el devenir de ambos estadios hiciera tambalear el ánimo de los mortales más sensibles, conscientes ellos de sus propias debilidades.

Tulio creía muy seriamente que si se lograba una convivencia permanente entre estos dos conceptos, la felicidad plena no andaría lejos. Un revoloteo pertinaz le avisaría de su llegada, y su posterior aterrizaje consistiría en una invasión melificadora de todos los predios del alma.

Y ante todas estas manifestaciones, reveladoras de una técnica sublime ¿cómo evaluar los estragos de su hiperestesia?

Mas la lucha debía continuar, porque los grandes objetivos no suelen ser alcanzables con esfuerzos pequeños. Insistiría en su diletantismo, que le arrastraba por los caminos más reparadores del arte, al tiempo que no cejaría en su empeño de explorar el mundo de las finanzas con la insistencia que fuera precisa. Como un jesuita consumado, consideraba imprescindibles las comodidades materiales para buscarse a sí mismo. Quizás no le fuera difícil encontrarse en sus circunstancias particulares; allí, entre los mil conflictos; donde la solución al endemoniado puzzle de la vida fuera factible.

En éstas andaba, cuando se vio sin apenas darse cuenta a las puertas del parking donde había estacionado su coche. Para entonces, no menos de dos kilómetros habían quedado atrás desde que saliera del despacho de Lorenzo Soto.

Faltaba casi una hora para su entrevista con Teodoro López, gerente de uno de sus montajes productivos más ruinosos, por lo que decidió invertir ese tiempo en acudir al sastre, quien varios días atrás lo citara para probarse un par de trajes. Aunque lejos de allí, la sastrería y el lugar de la cita con López distaban poco entre sí, así que tomó su vehículo y se dispuso a conducir hacia el lugar. A la conclusión de su entrevista con su socio pensaba en almorzar en casa.